

el Dios-Hombre; allí derrama Dios luz divina, que alumbra las terrenales sendas; allí se rompe el velo que ocultaba la ciencia divina. El mismo afortunado profeta que trasmite al pueblo la ley allí aprendida, lleva en su frente los resplandores celestiales.

No tiene rival el espectáculo que se disfruta desde aquella cumbre bendita: moles de granito como aplastadas unas, con soberbios pinachos otras, con hendiduras las más. Semejante impresión de horrorosa sublimidad recibe aquel que desde la cumbre de la observación, desde la cima de la historia, contempla á las generaciones pretéritas y á la actual generación: éstas al impulso de la fortuna suben, suben á las alturas aplastando con sus pasos á aquéllas y produciendo profundas heridas á las de más allá. Iluminemos con la ley del Sinaí ese horrible espectáculo y veremos como los pinchazos se inclinan, los aplastados se levantan y cicatrizan las heridas; desaparece el caos y brilla el esplendor de la armonía, como reflejo que es de Aquél que combina los orbes.

Por esto si el monte Sinaí, para el cristiano es el mismo trono de Dios, pues la ley desciende de la majestad, para el pensador es el colosal momento que inspira profundas meditaciones.

Calle el hombre, pues nos va á hablar el mismo Dios.

«Pronunció el señor todas estas palabras:

»Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud».

¡Prólogo brevísimo en el que representa Dios al hombre las razones y títulos por los cuales le impone una ley que él debe obedecer!

«No tendrás otros dioses delante de mí.

»No harás para tí imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra.

»No las adorarás, ni rendirás culto».

No harás escultura ni figura alguna para adorarlas y darles el culto divino, que á mí solo se debe. En donde se ve que Dios solamente prohíbe aquí las estatuas y figuras con esta relación, y, por consiguiente, que los cristianos no son idólatras, como pretenden los herejes, en la adoración y culto que dan á la cruz y á las imágenes del Señor, á las de la Virgen, á las de los Santos y á sus reliquias. Por cuanto no creemos que en dichas imágenes haya alguna divinidad ó virtud que debe reverenciarse; sino que todo el honor que les hacemos, se refiere á los originales que representan; y en los Santos á Dios, que es el autor de toda santificación y de toda gracia.

Yo soy el Señor Dios tuyo, el fuerte, el celoso que castiga la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquéllos, digo, que me aborrecen».

San Juan Crisóstomo entiende estas palabras de los hijos de aquellos padres que, acaudillados por Moisés, habían salido de Egipto, por cuanto habiendo visto los prodigios y castigos que había ejecutado Dios con ellos los imitaron en la dureza, infidelidad y rebeldía. De idéntica manera entienden aquellas palabras la mayor parte de los Santos Padres. San Agustín observa que los hijos de los Chananeos sufrieron la pena de los pecados de sus padres, sin haber podido imitar sus culpas; y que Dios no hace injusticia cuando por los pecados de un rey castiga al pueblo. De todo hemos de inferir que los caminos del Señor son muy distintos de los nuestros; que siempre obra con justicia, ni castiga jamás sin motivo; que no conocemos los motivos que tiene; ni esto es de admirar, atendida la infinita distancia de nuestro entendimiento al de Dios.

«Y que usó de misericordia hasta millares de generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos».

Dios promete á los que observan fielmente sus mandamientos una bendición mucho más colmada y copiosa, que la maldición que ha fulminado contra los transgresores. Su justicia es infinita del mismo modo que su bondad; no obstante, los efectos exteriores de su bondad exceden, y con mucho, á los de su justicia. *Sus misericordias sobre sus obras*, canta el Psalmista.

«No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios; porque no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano el nombre del Señor Dios suyo.

»Acuérdate de santificar el día de sábado». La palabra *acuérdate* se refiere al maná, del cual se debía recoger doblada porción el día que precede al sábado, en el que ni caía ni se recogía.

»Los siete días trabajarás y harás todas tus labores.

»Mas el día séptimo es sábado, ó fiesta del Señor Dios tuyo. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas ó poblaciones.

»Por cuanto el Señor en seis días hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo: por esto bendijo el Señor el día del sábado y le santificó».

Escribe un célebre Rabino moderno:—Es grande error creer que el sábado se haya hecho para el ocio, siendo éste el origen de todos los vi-

cios. Fué, pues, instituído el sábado para que el hombre, libre de los cuidados terrenos, se aplique todo al estudio de la Ley, frecuente las sinagogas, etc.—

Es muy probable que este día se observaba ya antes de la Ley, y aun desde el principio del mundo por tradición de Adán á sus descendientes, en memoria de haber descansado el Señor de todas sus obras el día séptimo. En memoria de la resurrección de Jesucristo, que sucedió en domingo, los cristianos trasladaron la fiesta de este día que es del Señor, esto es, destinado para su culto particular. Es de ley natural que el hombre se consagre por entero á Dios su Criador, mas como se halla en la dura necesidad de atender á las necesidades de la vida y al trato indispensable con sus semejantes, Dios escogió uno de los de la semana para que libre el hombre de cuidados se dedicara en él única y privativamente al servicio de Dios, no queriendo esto significar que esté dispensado de servir y reverenciar en los demás días á Dios Nuestro Señor. La ley del sábado, pues, no es más que una determinación de la ley natural, y como derecho positivo, pudo la Iglesia sin violación ni derogación alguna trasladarlo al domingo.

«Honra á tu padre y á tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo».

Esta honra que se manda aquí dar á los padres, abraza toda asistencia en sus necesidades; la recompensa es el cielo llamado tierra de los vivos.

«No matarás».

Ningún particular tiene derecho sobre la vida de su prójimo. Dios es el dueño y el árbitro para darla y quitarla como guste. Los príncipes y magistrados no cometen homicidio cuando condenan á muerte á los malhechores, como enemigos que son de la sociedad y tranquilidad pública, porque su autoridad es la de Dios; Dios es quien les quita la vida y no los príncipes y magistrados; así como el golpe que se da con una espada no se atribuye á la espada, sino al que la maneja y se sirve de ella.

«No fornicarás».

En este mandamiento prohíbe Dios todo lo que de cualquier modo es contrario á la honestidad, y opuesto al ayuntamiento legítimo, cual es el del matrimonio.

«No hurtarás».

Dios nos prohíbe que tomemos ó retengamos injustamente los bienes del prójimo ó que le causemos el menor daño en ellos; y nos manda resarcir y reparar el que le hubiéramos hecho.

«No levantarás falso testimonio contra tu prójimo».

O sea, en juicio deponiendo falsamente contra él, ó fuera del juicio engañándole con mentiras, hablando mal ó murmurando de él, calumniándole, halagándole con lisonjas ú ofendiéndole con juicios temerarios.

«No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer—en el sexto mandamiento condena Dios toda impureza en éste hasta el deseo—ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna que le pertenecen».

No se prohíbe desear los bienes ajenos, adquiriéndolos por medios legítimos y para fines honestos. Legítimo es el deseo en los contratos de compra-venta. Estos dos mandamientos son como exposición de todo el decálogo.

Así habló Dios á Moisés.

Mientras tanto el viento soplabá con viveza, replegándose sobre sí mismos los vapores y desgarrándose como una tela inmensa que el viento se llevaba en pedazos, elevábanse después, condensándose y extendiéndose por el horizonte. El viento mismo, débil al principio, gemía, ahullaba tristemente en las peñas, rematando un verdadero huracán que levantaba torbellinos de arena y pedrisco, acompañando sus majestuosas detonaciones con el zumbido del trueno y de las exclamaciones de un pueblo despavorido. Como brotan los rayos del disco del sol, como saltan las gotas del seno de la nube, como nacen los sonidos de las cuerdas de la lira, y rayos y gotas y sonidos se esparcen por los aires, así brotan y saltan del cielo relámpagos y truenos, nacen de la tierra ecos y pulvoreda, se esparcen y se aunan por los aires y aunándose y esparciéndose, repiten la voz de asentimiento y el himno de gloria que dieron y entonaron en los albores de su existencia al Legislador Soberano.

No temas ¡oh pueblo!: esa ley que te viene de Dios y que con sus voces y movimientos pregona la naturaleza, tiende á hacer los hombres hijos de Dios y reyes del mundo. El castigo impuesto á los transgresores será el despojo de los títulos de hijos de Dios, y la esclavitud forzada y sumisión vergonzosa á todas las iras del universo. Esa ley será en su duración eterna, y su infracción repercutirá á lo largo de esa eternidad, como los ecos del trueno á lo largo de los cerrados valles. En pos del eco de la infracción irá el eco de la sentencia condenatoria, que jamás se extinguirá. El desprecio de esa ley será franco desprecio del que la da y de su majestad infinita, que al despreciador exprimirá y privará de toda vida. Escucha ¡oh pueblo! y guarda esa ley, guarda la ley para guardarte la vida: porque ha de ser el faro de tu navegación

y luna en la noche de esta miserable vida. El pueblo quiere oír; mas hemos visto que teme. ¿Será que le impone la tempestad? El temor que manifestaron los israelitas era de esclavos; no iba acompañado de amor. Parados están en la falda de la montaña, y sudor glacial recorre todos sus cuerpos. Viniendo en dirección opuesta, es decir, bajando de la montaña, vieron dibujarse en la humareda una figura humana con la frente radiante de luz; era Moisés. Una múltiple voz sale de la multitud que por todo saludo dice á Moisés: «Háblanos tú, y oiremos; no nos hable el Señor, no sea que muramos».

Moisés, sorprendido al oír á su pueblo hablar de esta manera, enmudece de repente: siente en su pecho levantarse un volcán de ira contra aquéllos y teme no poderse dominar; pero como su corazón se ve envuelto en la corriente de misericordia por lo que acaba de sucederle en aquel sitio, responde al pueblo: «No temáis, pues el Señor ha venido á fin de probaros y para que su temor se imprima en vuestros corazones, y no pequéis.» Repléganse de nuevo los vapores formando una especie de cortina que le separa del pueblo, y Moisés quédase nuevamente con Dios.

Acabemos ese misterioso silencio, y digamos algo de lo notable que se encuentra en aquella montaña prodigiosa.

En la meseta que forma su cumbre piadosas manos levantaron una capilla, á la que de vez en cuando suben los monjes del Sinaí para celebrar los divinos oficios. Junto á ella hay una mezquita casi arruinada. Más allá la cueva donde dice una tradición que se escondió Moisés al aparecersele el Señor para no ser anodado por el esplendor de su gloria.

El descenso de aquella cumbre majestuosa es más difícil y peligrosa que la subida. Al subir hay que vencer muchas y grandes dificultades, pero con la ayuda de los pies y de las manos, siquiera con esfuerzo, se sube al fin. A la bajada, un descuido, un paso dado en falso, un vahido puede precipitar al viajero en el precipicio que de continuo se abre á sus pies. Hay que entregarse á mil ejercicios gimnásticos y afortunado el viandante que aferrarse puede á un *cheik* ó guía, quien con destreza envidiable salta de peña en peña y déjalo al fin sano y salvo en camino esplanado por manos de los monjes. De nuevo en la falda del monte, hacia el noroeste se ve la peña en que rompió Moisés las tablas de la Ley. Más lejos en la misma dirección, un altillo, en el punto donde se unen el Uadi-Choaib y el Uadi-ech-Cheikh, es tomado por el sitio donde estuvo Aarón mientras danzaba el pueblo al rededor del becerro de oro.

El dilatado tiempo que estuvo Moisés en el monte Sinai, dió ocasión

al pueblo á que creyese que no volvería, y levantándose contra Aarón dijo: «Ea, haznos dioses que nos guien, ya que no sabemos qué se ha hecho de Moisés, de ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto». Como se ve, hablan de Moisés con el mayor desprecio, como pudieran de ese hombre de lo más íntimo del pueblo, en estilo muy propio de unos hombres amotinados é ingratos en sumo grado. *No sabemos qué ha acaecido á Moisés, á ese hombre.*

Aarón, que no tuvo suficiente carácter para resistir á sus exigencias, hizo traer los pendientes de las mujeres y de los niños, y fundiéndolos los convirtió en un becerro de oro. Dijeron entonces los israelitas: «Estos son sus dioses, oh Israel, que te han sacado de la tierra de Egipto.

Lo que visto por Aarón, edificó un altar delante del becerro, y mandó publicar á voz de pregonero, diciendo: «Mañana es la gran fiesta del Señor».

Ofreciéronse al ídolo holocaustos y hostias pacíficas, y los israelitas, después de haberle adorado, entregáronse á la danza y al baile, mezclando otros excesos, é imitando las costumbres de los gentiles, quienes de este modo festejaban á sus ídolos.

¿Quién no quedará extrañamente sorprendido, al ver á su pueblo tan olvidado de su Dios y de su libertador, prostituído al culto de su ídolo vano, cuando acababa de recibir unos beneficios tan señalados, y después de haberse obligado con promesas tan solemnes y reiteradas á no adorar sino al solo y verdadero Dios? Pero si esto parece extraño, ¿quién podrá ahora comprender que Aarón, hermano de Moisés, destinado para ser el pontífice del pueblo de Dios, no sólo autorice con su silencio y consentimiento una impiedad tan detestable, sino que él mismo fabrique el ídolo, le erija altar, y tenga osadía por un terrible atentado, á darle el nombre incomunicable del verdadero Dios? ¿Hasta este punto puede llegar aún el hombre más favorecido de Dios, cuando el Señor se retira de él, y le deja en manos de su propio consejo!

«El Señor habló á Moisés, diciendo: Anda, baja; pecado há tu pueblo, que sacaste de la tierra de Egipto».

Nótanse las palabras *tu pueblo*; es lo mismo que si hubiese dicho Dios *porque ya no es el mío*. Yo me obligué á reconocerle y tenerle por tal, siempre que ellos oyesen mi voz y obedeciesen á mis mandatos. Han sacudido el yugo faltando á mi alianza; y así le miro como un pueblo extranjero á quien de nada soy deudor, como un pueblo rebelde, sobre quien voy á descargar la justa venganza que pide mi justicia.

Justamente irritado Dios de la infidelidad de los hebreos, manifestó

deseos de exterminarlos, pero aplacaron su enojo las súplicas de Moisés, diciéndole: ¡Ah! que no digan, te ruego, jamás los egipcios: Sacólos maliciosamente fuera de Egipto para matarlos en los montes y exterminarlos de la tierra. Apláquese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo.

»Acuérdate de Abraham, de Isaac, y de Israel, tus siervos á los cuales por tí mismo juraste diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que os tengo hablado, se la daré á vuestra posteridad, y la poseeréis para siempre».

No pudo sin embargo Moisés reprimir su cólera. Para darles á entender que con su apostasía habían roto la alianza que tenían hecha con Dios, y que en adelante el Señor quedando libre de la palabra que les había dado, tenía derecho de castigarlos como unos esclavos rebeldes y fementidos, acercándose al campamento y al ver el becerro y las danzas, arrojó las tablas, testimonio y escritura de la alianza que tenía hecha con Dios, y las hizo pedazos; y luego cogiendo el becerro de oro, lo puso en medio de una hoguera, lo calcinó, y para mayor desprecio hizo beber al pueblo reducido en polvos aquel mismo Dios, que ellos habían forjado, dándoles á entender su ceguera y estolidez, por haber puesto su confianza en una estatua sin movimiento y sin alma, cuyo poder no alcanzaba á impedir á Moisés que lo tratase con el mayor desprecio y vilipendio.

Muy bien, pues, dice un piadoso peregrino que en estos sitios que nos ocupan todo habla de Dios, y hasta las piedras refieren prodigios.

Al pie del Ras-Safsafech, cerca del punto donde se unen el Uadi-Choaib y el Uadi-ech-Cheikh, existe la roca donde Aarón fundió el idolo.

Continuando la marcha hacia el poniente, hállanse en la confluencia del Uadi-el-Ledja y del Uadi-er-Rahah, las ruinas de los dos antiguos conventos de San Pedro y San Pablo y de Santa María de David.

A mil quinientos metros al sur, en el Uadi-el-Ledja, se levanta una gran peña granítica con varias hendiduras horizontales, lo cual ha dado lugar á una tradición, según la cual es la roca que, tocada por la vara de Moisés, dió paso á una fuente copiosa, mas para nosotros esta tradición es errónea, por cuanto la peña de la que brotó agua viva está situada en Rafdim.

Hacia el sudoeste de esta peña existe el arruinado monasterio Deix-el-Arbain ó *Monasterio de los cuarenta* llamado así por el número de Monjes que en él moraban, los cuales fueron asesinados por los árabes. Hoy sus ruinas se han convertido en un huerto, propiedad de los monjes del Sinaí.

Emprendiendo hacia el sudoeste penosa ascensión por el desfiladero de Moisés, *Chakh-Musa*, llégase á la cumbre del monte de Santa Catalina, el pico más elevado de la península, y por lo mismo desde allí el horizonte es más vasto y dilatado, abarcando la mirada la península sinaítica toda entera.

Desde allí, el que ha recorrido esta tierra de los prodigios, lee como un mapa las quejas, los sentimientos, las rebeldías, los infortunios, las muestras de remordimiento, los favores, las idolatrias, las prevaricaciones de los israelitas. De que fueron teatro aquellos montes y aquellos valles fueron teatro y espectadores, durante los cuarenta años que aquéllos los habitaron.

¡Qué comienzo de peregrinación á la Tierra Santa! Sólo así, penetrados de la miseria del corazón humano con la enseñanza que nos dan los hebreos, podremos formarnos una idea relativamente cabal de la necesidad y trascendencia de la obra reparadora.

## II

Otra vez en el desierto. Al poco de haber salido el viajero del monasterio de Santa Catalina hállase en estrechos desfiladeros que las lluvias torrenciales han hecho casi intransitables, y en su suelo pedregoso apenas pueden sentar la planta los camellos. Las vertientes de la parte oriental de los montes sinaíticos son aún más agrestes y peligrosas de las occidentales; el silencio es sepulcral y la soledad completa.

Lo primero que se encuentra digno de la consideración del viajero, á dos horas del Djebel-Musa, en una de las revueltas del Uadi-Saal, es un *naly* musulmán consagrado á Neby-Saleh, sencillo oratorio al que tienen gran veneración todos los beduinos de la península. Allí descansan los restos mortales del jeque de los jeques, del gran profeta de que se habla en el Corán: y su sepultura es objeto en los últimos días de mayo de famosa peregrinación que puede considerarse como la fiesta nacional de las distintas tribus de la comarca.

Después de andar largo tiempo por un verdadero laberinto de estrechas cañadas, llégase del Uadi-Ghazalet; la marcha es entonces menos difícil, pero la aridez es la misma y la falta de agua causa á los viajeros penoso sufrimiento.

La principal causa de la falta de corrientes de agua en esta península debe ser atribuída á que ninguna montaña puede conservar, dado el calor excesivo de aquellos países, cantidad suficiente de nieve para alimentarlas.